

I Ruta de las Ánimas Algo diferente



El panorama de las concentraciones y encuentros moteros se ha disparado en los últimos años. No está claro si eso es sinónimo de calidad, tal vez sí, pero de lo que sí que estoy seguro es de que no es sinónimo de originalidad. Pocos, muy pocos eventos se salen de lo habitual, lo que hace que ir a una concentración u otra apenas aporte nada diferente.

Pedro Flores

Sé que para mucha gente es suficiente, y lo respeto, pero también sé que hay unos moteros con un "algo" dentro de ellos que les hace buscar cosas que les motiven especialmente, y que normalmente eso se consigue cuando alguien ofrece algo que de verdad es diferente.

Es difícil, muy difícil, ofrecer algo diferente en un mundo en el que parece todo inventado, ¡pero justamente ahí está el mérito!, y para meritorio lo que vivimos en Jaca y sus alrededores, porque si de algo puede presumir lo que ahora relataré, es de original y diferente... ¡completamente diferente!

Los chicos y chicas del Motoclub Picachos Pirenaicos nos deleitaron con la organización de la I Ruta de las Ánimas. Y algo que se llama así ya destilaba que podía ser algo muy especial.

¿Y en qué consistía esta nueva y "revolucionaria" idea? Pues en algo tan novedoso como una ruta ¡nocturna!, con ¡road-book!, lo cual añade otra novedad: ¡el desconocimiento del recorrido hasta que recibes el libro de ruta!

Para hacerlo aún más atractivo, cada moto va con su dorsal y la salida se hace desde una

plaza de Jaca, vallada a modo de parque cerrado, con todas las motos participantes dentro del mismo. ¡Fantástico panorama!

Tras las inscripciones y la entrega de dorsales, el libro de ruta y la camiseta del evento, así como de un adhesivo conmemorativo del mismo, nos convocan a todos para un pequeño briefing en el que lo que más destacan es ¡que nos divirtamos lo más posible! y disfrutemos de los 250 km de curvas y Pirineo... eso sí, ¡Pirineo nocturno!

Comienza la acción

El primer grupo sale a las 19.30 h, ya que la organización permite que salgan juntos grupos de amigos o moto clubs, tanto por seguridad como por no hacer excesivamente largo el tema de la salida.

La noche está empezando a llegar a Jaca y sus montañas, pero los primeros kilómetros aún son con bastante luz, con un rodar muy agradable y con aquella sensación estupenda de que estás empezando a vivir algo nuevo de verdad.

Enseguida el libro de ruta nos indica exactamente el primer cruce a los 10 km, gracias

a que hemos puesto el parcial a cero al salir del parque cerrado. La bifurcación nos mete en una carretera muy estrecha, con un asfalto más que dudoso y algo de gravilla; eso sí, todo perfectamente avisado por el road-book.

Van pasando los kilómetros por unos parajes espectaculares que tratamos de disfrutar, pues sabemos que dentro de poco apenas veremos lo que alumbre el faro de la moto.

Se van sucediendo pueblitos y cruces, que en algunos casos están claros y en otros debemos confirmar que es el correcto, lo que nos lleva a comentarlos entre nosotros, creando así una perfecta sensación de equipo, cada uno dando su idea o incluso haciendo bromas ante la posibilidad de perdernos y quedarnos sin la cena que la organización tiene preparada a mitad de recorrido.

Pero esto es justamente lo que hace a esta historia algo especial, el poder decidir, buscar y orientarte a la vez que conduces por carreteras desconocidas con cada vez menos luz.

Se suceden algunas anécdotas y momentos divertidos. Por ejemplo, por culpa de pasar una página del libro de ruta antes de tiempo seguimos recto en la travesía de Hecho, por lo que tuvimos que volver sobre nuestros pasos al darnos cuenta, enseguida, de que algo no encajaba en las viñetas del road-book. Unas risas y de nuevo ¡gas!

Finalmente, y casi noche cerrada, sobre las 21 horas, llegamos al restaurante, una preciosa borda aragonesa donde nos atienden muy amablemente. Aparcar las motos sobre la hierba, bajo las primeras estrellas, con todo el mundo comentando lo vivido en esta primera parte de la ruta es uno de esos momentos mágicos que aún te convencen más y más de que algo muy especial estás viviendo.

Por delante 188 km, que ahora ya serán totalmente a oscuras y con carreteras de alta montaña algunas aún más estrechas y reviradas, así que no alargamos la sobremesa y tras abrigarnos algo más nos introducimos de lleno en la noche pirenaica.

Hay luna llena, y eso nos permite adivinar las espectaculares montañas que nos rodean. La moto suena en la noche diferente; pareciera que el silencio de la noche y la alta montaña ayuda a que el sonido del escape Mig sea más agudo de lo normal. Pero bueno, también supongo que mi oído hoy es muy feliz y la oye diferente.

La ruta continúa

Los kilómetros se suceden sin pausa y sin apenas dificultades, hasta que por culpa de adelantar a un grupo que habíamos alcanzado no nos damos cuenta de un cruce a la izquierda y continuamos unos kilómetros en dirección equivocada... Tendríais que ver las caras que pusieron unos excursionistas, acampados al final de esta carretera sin salida, cuando les preguntamos que dónde estábamos... ¡No entendían nada al ver un grupo de motos a aquellas horas de la noche en el Pirineo!

Comprendemos nuestro error y volvemos



quedan unos 100 km hasta Jaca, y al volver a arrancar algo de cansancio ya se siente, pero lo tomas como un desafío más. Eso sí, para ayudar un poco, el libro de ruta nos saca de las carreteras de montaña y nos incorporamos a unas más anchas y de buen asfalto, que sin dejar de tener un trazado atractivo nos facilitan mucho la conducción nocturna.

Los kilómetros pasan más rápidamente y el terreno se hace mucho más abierto camino de Lumbier, Sangüesa, Javier y Yesa. Finalmente, la nacional N-240, bordeando el pantano de Yesa, llega a Puente La Reina, que se convierte en el último cruce indicado en el perfecto libro de ruta diseñado por los entusiastas componentes del Motoclub Picachos Pirenaicos. De ahí a Jaca es todo directo por una rápida carretera que nos devuelve al punto de partida, donde todo había empezado a las 19.30 h... Ahora son las 2.00 de la mañana más o menos. Felicidad y cansancio nos llenan por igual.

Fin de semana motero

Una de las sensaciones más comentadas a la llegada era lo que llegas a acostumbarte a estar en la noche, perfectamente hermanado con la carretera, haciendo que tu vista y tus reflejos vayan trabajando mejor con el paso de las horas nocturnas, sintiendo que viajar en la oscuridad sea casi normal con el transcurrir de las horas. Sin apenas darte cuenta vas acelerando entre curvas cada vez con más y más confianza a pesar de la nocturnidad.

Al día siguiente, la organización aún nos tiene preparada una excursión, así que, aunque algunos se van a celebrar al pub cercano el éxito conseguido, nosotros nos vamos al hotel en busca de un merecido descanso.

A las 11.00 h de la mañana del domingo salimos de Jaca hacia San Juan de la Peña, por unas carreteras más que sugerentes y con un paisaje muy agradable de ver después de la experiencia nocturna. Visita muy interesante y completa al monasterio, con una imagen espectacular de todas las motos aparcadas

en la explanada del mismo.

Desde el comienzo de la mañana, observo muy preocupado una mancha de anticongelante en mi querida True Blue, mote cariñoso de mi montura. Mi Kawa nunca ha dado problemas de ningún tipo, así que me extraño mucho, e indagando veo que tiene una pequeña fuga en el radiador.

Lo comento con los organizadores y sin dudarle un segundo me invitan a ir hasta Jaca, donde en las instalaciones de la tienda-taller de motos colaboradora con la organización, Mas Gas, procedemos a hacer una cura de urgencia a True para poder llegar a casa. Hay que destacar que Óscar se negó totalmente a que le abonara nada por la reparación... ¡Inmejorable e impresionante espíritu motero, y más en los duros tiempos que corren! Gracias, ¡enormes gracias, Óscar!

El resto de la excursión continúa, tras la visita al monasterio, esta vez bajando por la revirada carretera que los llevará a un hotel antes de llegar a Jaca que está especialmente orientado al cliente motard, donde la organización nos ofrece degustar un aperitivo muy completo, que es la guinda perfecta a tan excelente fin de semana motero.

Y llega el momento de las despedidas. Cantidad de felicitaciones es lo que reciben los componentes de los Picachos Pirenaicos, y no es para menos, ya que para ser la primera edición de algo tan complejo y diferente, el éxito organizativo es total.

Como en todo, la experiencia les dará un montón de ideas para mejorar, y seguro que en próximas ediciones se nota. Pero lo que destaca por encima de todo es que alguien ha conseguido sacar de la "rutina concentracioneril" a este país, con un evento espectacular y tremendamente original a la vez, y con una base bestial para triunfar en años venideros.

Sin lugar a dudas, en el cielo nocturno de Jaca una nueva estrella nació y brilló con una fuerza inusitada, ¡el brillo de las grandes ideas!, porque una brillantísima idea es ¡La Ruta de las Ánimas!

Londres

Ace Cafe



Quadrophenia" mostró un universo nuevo bajo los poderosos acordes de "The Who". Mods y rockers partiéndose la cara en las playas de Brighton. También nos iluminó las retinas con la elegantísima estampa de un joven Sting pilotando una refulgente Lambretta que acabaría proyectada sobre el abismo de un acantilado inglés. A la mayoría de mis compañeros de generación les sedujo el estilo de parka verde, Vespa con espejitos y polo Fred Perry. Ser mod camino del Rockola tenía su punto cosmopolita. Incluso podía ser algo arriesgado, porque alguna vez hubo más que bofetadas con los rockers patrios, a los que en aquellos tiempos pertenecía gente tan canalla y sensible como mi amigo Sabino Méndez, quien lo cuenta fantásticamente en su imprescindible "Corre, rocker".

Pero a mí lo que me entusiasmó fueron las motos de los tipos malos. Unos cacharros aceitosos y rugientes. Vehículo barato del salvaje urbano, del chaval proletario que no quería comprar un coche, ni repetir el fracaso vital de sus padres. Esas recias monturas sí eran un icono. A su lado, las Vespa repletas de adornos parecían juguetitos inofensivos. Y es que hacía falta ser muy duro para arrancar a patadas uno de aquellos terribles bicilíndricos de Triumph, Norton o BSA y lanzarse bajo el

insoponible clima británico. No les hacían falta las Harley-Davidson para ser ángeles del infierno. Sólo mala leche, una sed de cerveza insaciable y poco dinero.

Hoy no quedan rockers ni mods, ni tampoco aquel estilo de vida bronco. Pero aún queda algo en pie de aquella época. El Ace Cafe de Londres. Apartado del centro, pegado a un anillo de circunvalación, resiste el viejo edificio que se construyó en 1938 junto a un taller. Sigue igual desde entonces a pesar de haber recibido una buena ración de bombas durante la guerra. Al finalizar ésta surgió una generación rebelde que no se conformaba con pasar su vida en una fábrica. Es una juventud que ama las motos y el rock and roll. En el Ace Cafe colocan una jukebox, y de pronto se convierte en el punto de reunión de todos los rockers de la zona que tuvieran algún engendro con dos ruedas que pudiera transportarles hasta allí. Bueno, hasta allí y hasta Brighton, por si había que zurrar a algún mod.

Nueva etapa

Parecía una época que duraría para siempre. La adolescencia siempre parece eterna. Pero entonces llegó la psicodelia y todo se fue al infierno. En 1969, el Ace Cafe cerró sus puertas y permaneció abandonado durante décadas. Pero el tiempo produce un efecto curioso. Tarde o temprano pone de moda lo antiguo. En 1993, un nostálgico llamado Mark Wilsmore lo compró para abrir sus puertas. El éxito del local, mantenido como en sus orígenes, fue fulminante. Hoy el Ace Cafe es un lucrativo centro de peregrinación que ejerce de museo vivo para aquellas glorias del pasado y donde de matute se vende todo tipo de merchandising motorrockero.

¿Qué suena algo falso este revival? Puede ser, querido lector, puede ser, pero tal vez debieras recordar el último día que abriste tu armario para probarte otra vez tu vieja parka.

Miquel Silvestre